

Trento: algunas lecciones de un gran concilio

Antonio M. Navas Gutiérrez

El 13 de Diciembre de 1545 se inauguró el Concilio de Trento¹. Se conmemora, por tanto, en este año el 450 aniversario de su comienzo. Sobre este concilio no es raro toparse con ideas encontradas, desde quienes lo consideran como un monumento a la ortodoxia, hasta quienes lo presentan como paradigma del inmovilismo. Visiones semejantes son simplificaciones surgidas en momentos especialmente apasionados, que desfiguran lo que Trento pretendió o lo que consiguió de hecho y que esconden, por lo general, una gran ignorancia de lo que aportó realmente esta asamblea memorable. Este artículo no pretende ser una conmemoración más o menos formalista, sino que pretende dar a conocer una serie de características que hicieron de Trento un gran concilio, con la idea de aprovechar para nosotros alguna, al menos, de las grandes lecciones que nos legaron los responsables de una asamblea que tuvo una enorme influencia en la vida de la Iglesia Católica, a través de nada menos que 400 años.

El Concilio de Trento sigue siendo un punto de referencia obligado en la vida de la Iglesia Católica. Fue convocado como «concilio general y ecuménico²», pero la verdad es que en él las multitudes brillaron por su ausencia. En los momentos de mayor concurrencia pasaron ligeramente de doscientas personas los padres

¹ A quien se interese por el Concilio de Trento en profundidad, le conviene conocer un par de libros: G. ALBERIGO, *Historia de los concilios ecuménicos*, Sígueme, Salamanca 1993; también H. JEDIN, *Historia del Concilio de Trento*, 4 tomos en 5 volúmenes, Eunsa, Pamplona 1972-1981. El primero sitúa muy bien el Concilio de Trento en el ambiente que siguió al Quinto Concilio de Letrán y es especialmente sintético. El segundo es un excelente estudio para quien quiera revivir a fondo todo lo que sucedió de importancia en aquella asamblea. También es importante todo lo aportado en L. PASTOR, *Historia de los papas desde fines de la Edad Media*, 39 volúmenes, Gustavo Gili, Barcelona 1910-1961.

² Se le dio este título al concilio y no se admitió la frase «representante de la Iglesia universal», en parte por no ofender a los protestantes ya desde el principio y en parte por lo reducido de la asamblea en el momento inicial: L. PASTOR, *Historia de los papas...*, vol XII, 198-201.

asistentes. Su trayectoria irregular se prolongó, a través de numerosas vicisitudes, por espacio de dieciocho años, entre 1545 y 1563. En este tiempo sufrió una primera interrupción de cuatro años y una segunda de diez. La tercera parte del concilio tuvo especiales dificultades en ser reconocida como continuación de las dos anteriores, por la pugna política entre Francia y España. Finalmente el conjunto de los trabajos fue reconocido como un único concilio, al leer solemnemente, en la sesión de clausura, todos los decretos y cánones votados en los tres períodos, que coincidieron con otros tantos papas: Pablo III, Julio III y Pío IV. Todo quedaba supeditado a la aprobación del papa y Pío IV, posiblemente movido por su sobrino Carlos Borromeo, publicaba el 26 de Enero de 1564 la bula *Benedictus Deus*, con la que confirmaba toda la obra del concilio.

La ilusión de un hombre solo

La exigencia irrenunciable de Lutero para un entendimiento con la sede romana se concretaba en «un concilio libre y en Alemania»³. Por lo que se refiere al papado es fácil comprender que no deseaba un evento semejante, tras las oleadas de conciliarismo posteriores a los Concilios de Constanza y Basilea, que parecían resurgir ahora con esta postura del reformador alemán. En el fondo pesaba también el fracaso de la tímida reforma promovida por el Quinto Concilio de Letrán, escamoteada por la misma Curia Romana con el papa a la cabeza. Era la gota que colmaba el vaso de doscientos años de frustración en la Iglesia Romana, en la que sus máximos responsables se habían hecho sordos sistemáticamente a la famosa propuesta de reforma «in capite et in membris»⁴ (en la cabeza y en los miembros).

Hacía falta que los príncipes cristianos se definieran al respecto. El emperador Carlos V, católico convencido y hombre de mundo al mismo tiempo, creyó ver en la convocatoria de un concilio general una especie de dispositivo de seguridad que desactivara la propaganda de los disidentes en los territorios imperiales. Dando por supuesto que no hay modo de saber lo que hubiera ocurrido en el caso de que la Santa Sede hubiera accedido a las propuestas de Lutero, no es menos cierto que Carlos V tenía la seguridad moral de que esta iniciativa hubiera podido preservar una unidad religiosa que estaba seriamente

³ No hay que olvidar que tras esta pretensión se ocultaba, aunque no demasiado, la intención de someter a juicio al papa. Teniendo en cuenta la quiebra que esto hubiera supuesto para la constitución jerárquica de la Iglesia es normal que los papas se negaran a aceptar esta exigencia de Lutero.

⁴ El Cisma de Occidente fue la demostración palpable de que era el papado el que no daba la talla en sus funciones al servicio de la fe. Por esta conciencia sobre la mayor responsabilidad de la sede romana en el deterioro de la Iglesia siempre se pedirá que la reforma se lleve a cabo «en la cabeza y en los miembros» y precisamente por ese orden.

amenazada⁵. El interés del emperador se alineaba así con la opinión de la Dieta imperial de 1523, que pedía para ese momento «un concilio libre y cristiano que se reuniera en tierras alemanas».

En estos tiempos la Iglesia Católica seguía convencida de que un concilio de grandes proporciones debería apoyarse en el asentimiento de los príncipes cristianos. Con los favorables al luteranismo incipiente no se podía contar. Inglaterra tampoco estaba como para solicitar su aprobación. Por eso había que volver los ojos a los dos principales polos de poder del catolicismo europeo: Francia y España. Francia se sentía atosigada por el círculo de posesiones españolas de las que se veía rodeada y que amenazaban con estrangularla en Europa. Por esta razón tenía que buscar sacudirse cualquier tipo de mediatización española, llevando a cabo una política de oposición sistemática a todo lo que propusiera Carlos V de Alemania, que era a su vez Carlos I de España. El interés de éste por la convocatoria del concilio era causa más que suficiente para que Francisco I de Francia se opusiera con todas sus fuerzas, ya que las disidencias religiosas en el Imperio debilitaban a su principal oponente.

De este modo la actitud de Francisco I y del papa Clemente VII coincidían en la inoportunidad de convocar un concilio general, en parte por motivos divergentes pero, en parte también, porque Clemente VII, como soberano temporal, contemplaba sobre sus dominios la sombra supuestamente amenazadora de Carlos que, con Milán al norte y Nápoles al sur, podría actuar en cualquier momento como una pinza de la que le fuera imposible zafarse.

Un papa con gran sentido de responsabilidad

A la muerte de Clemente VII fue elegido un miembro de la familia Farnese, que tomó el nombre de Pablo III⁶. Su desarreglada vida personal anterior a su ordenación como presbítero y su tren de vida mundano al estilo renacentista, incluso siendo ya cardenal, no auguraban precisamente buenos aires para el proyecto del concilio. Sin embargo pronto empezó a dar muestras de querer colaborar seriamente a la reforma de la Iglesia, al tocar uno de los puntos menos agradables para la sede pontificia: Pablo III estaba convencido de que la reforma postulada debería empezar por la Curia Romana. En la primera alocución a los cardenales se pronunció a favor del controvertido concilio y en el primer consistorio les anunció que ellos y la Curia deberían reformarse antes de que el concilio fuera convocado.

Para mostrar que iba en serio nombró una Comisión de Reforma, de la que salió el famoso *Dictamen de los cardenales designados y de otros preladados, sobre*

⁵ J. JEDIN, *Historia del Concilio de Trento*, tomo 1, 279-281.

⁶ La historia del pontificado de Pablo III puede verse en L. PASTOR, *Historia de los papas*, volúmenes XI y XII.

la reforma de la Iglesia, del año 1537⁷. Este dictamen mostraba por primera vez en dos siglos una sincera voluntad de reforma «empezando por la cabeza», que era a lo que siempre se había resistido Roma. En la publicación de este informe demostró una gran valentía, puesto que los disidentes religiosos, con más sentido de polémica que de iglesia, lo utilizaron para demostrar la verdad de sus alegaciones, silenciando a propósito el hecho de que la sede de Pedro se mostraba, por primera vez en mucho tiempo, dispuesta a una reforma que empezara por ella misma⁸.

La convocatoria del concilio se tuvo por primera vez en 1536 y el papa pensó en la ciudad italiana de Mantua para su celebración. Como los alemanes no aceptaban el territorio italiano hubo que descartarla y lo mismo sucedió con la ciudad de Vicenza. Al final se quedó de acuerdo en que la sede del concilio fuera Trento, que reunía dos condiciones muy favorables para el éxito de la asamblea: la de ser ciudad imperial y la de estar situada en el lado italiano de los Alpes. Esta doble condición se esperaba que pudiera contentar, al menos parcialmente, tanto a los alemanes como a Roma.

Todo el tiempo transcurrido entre 1536 y 1545, fecha efectiva de la inauguración del Concilio de Trento, lo empleó Pablo III en intentar poner de acuerdo a Carlos V y a Francisco I, para que los obispos de sus territorios pudieran tomar parte en él. Nunca se agradecerá bastante el tesón del papa en mantenerse firme en el asunto del concilio, a pesar de las dos convocatorias iniciales fallidas y a pesar de la escasa asistencia en la inauguración oficial que no llegó a contar ni con cuarenta personas.

Todavía hay que agradecer a Pablo III otro detalle de su sentido de responsabilidad. En 1547 los legados pontificios dieron orden de trasladar el concilio a Bolonia, pretextando el comienzo de una epidemia entre los padres conciliares. En realidad existían otros motivos posiblemente de mayor peso: la escasez de bibliotecas en Trento y el deseo de los legados de poner la asamblea bajo un mayor control de la Santa Sede. El traslado le produjo a Carlos V un auténtico ataque de cólera⁹, por cuanto suponía abandonar en la práctica la

⁷ Ver la nota 34 de la página 750 de: B. LLORCA-R. GARCÍA VILLOSLADA-F. J. MONTALBÁN *Historia de la Iglesia Católica*, III: Edad Nueva, Editorial Católica, Madrid 1960.

⁸ La reacción de Lutero cuando conoció el *Dictamen* fue de absoluto desprecio, sin conceder ni siquiera el beneficio de la duda. Hablando del *Dictamen* consideraba a sus autores «embusteros, desesperados pillos, que reformaban la Iglesia con colas de zorras». Ver L. PASTOR, *Historia de los papas...*, vol XI, 171.

⁹ Carlos V llegó a suponer que todo era una maniobra de Pablo III para controlar mejor el concilio. Hay que reconocer que este traslado llegaba en el momento más inoportuno para los planes de Carlos. Estaba convencido de que con esta iniciativa los protestantes siempre podrían escudarse en mala fe por parte del papa para no acudir ya al concilio. Ver L. PASTOR, *Historia de los papas...*, vol XII, 288.

posibilidad (siempre muy remota) de que los luteranos asistieran a las sesiones conciliares. Ante esta reacción Pablo III permitió que los padres siguieran reunidos en Bolonia, pero encargándoles que se dedicaran solamente al estudio y a la discusión de los temas, sin pronunciarse en declaraciones solemnes sobre ninguno de ellos, para atenuar la impresión producida en Alemania de que todo estaba ya bajo el control estricto de la Santa Sede.

El gran fracaso del concilio

Fundamentalmente el concilio fue convocado para la unión de los disidentes, para la reforma de la Iglesia y para unir las fuerzas cristianas contra la amenaza turca, pero toda la historia anterior a su convocación hizo que su puesta en marcha se retrasara extraordinariamente, ya que los reformadores no mostraban ningún deseo de concordia o entendimiento, sino un comportamiento decidido que buscaba desacreditar cuanto pudiera provenir de la Iglesia Romana, insistiendo en el concilio «libre y en Alemania», así como en que se dispensara a los obispos del juramento de fidelidad al papa. Si Roma ya tenía reticencias serias para convocarlo, éstas pretensiones de los enfrentados a ella no hacían más que ayudar a que no fuera convocado nunca. De hecho el concilio se convocó sin haber sido aceptado por ellos.

A pesar de todo, de acuerdo con los planteamientos religioso-políticos de la época, Carlos V intentó obligar a los responsables de la división religiosa del Imperio a sentarse a discutir las nuevas doctrinas con los padres convocados al concilio. Durante el período de 1545 a 1547 esto fue imposible llevarlo a cabo porque los sectores enfrentados a Roma se sentían fuertes política y militarmente y se negaron rotundamente a acudir a Trento. De resultas de un momento favorable a Carlos V, acudieron unos cuantos delegados al concilio durante el período de 1551 a 1552. Estos delegados no venían en plan conciliador; sus exigencias de que todo volviera a ser discutido desde el principio, que se repusieran las doctrinas de Constanza y Basilea a propósito de la superioridad del concilio sobre el papa, la supresión del juramento de fidelidad al papa por parte de los obispos, e incluso la insinuación de que el papa debería presentarse ante el concilio para ser juzgado por él, consiguieron que no hubiera la más mínima posibilidad de diálogo. Trajeron incluso fórmulas de fe inspiradas en la Confesión de Augsburgo, no para ser sometidas al examen del concilio, sino para ser propuestas como puntos de partida innegociables¹⁰.

¹⁰ Los delegados protestantes evitaron dirigirse en ningún momento al Presidente del Concilio, para no reconocer implícitamente la autoridad del papa sobre él. Tampoco reconocieron en ningún momento la legitimidad del mismo concilio. Ver H. JEDIN, *Historia del Concilio de Trento*, tomo 3, 591-592.

El papa Julio III se alarmó al conocer la insistencia de los delegados luteranos en proclamar abiertamente la superioridad del concilio sobre el papa y la pretensión de volver a discutir las verdades ya proclamadas y exigió a sus legados suspender toda discusión sobre estos puntos intocables de la doctrina católica. Poco después Mauricio de Sajonia atacaba inesperadamente al emperador, con lo que el mismo Carlos V estuvo de acuerdo en que se suspendiera por segunda vez la asamblea, a pesar de la opinión de doce padres, españoles casi todos, que parecían intuir lo difícil que iba a resultar reanudar y terminar el concilio. De hecho hicieron falta diez años más para poder continuarlo.

Con esta suspensión, con la tregua de Passau de 1552 y con la paz de Augsburgo de 1555, quedaba claro que el camino hacia la unión se abandonaba definitivamente. A partir de ese momento se trataba de concentrarse en la reforma y revitalización de la Iglesia Católica, así como de responder eficazmente al deterioro sufrido por obra de los movimientos centrífugos del centro y del norte de Europa. Y hay que reconocer que los efectos del Concilio de Trento vinieron a avalar la validez del trabajo realizado por los padres, ante la reanimación espectacular experimentada por la Iglesia Romana, cuando más bien se esperaba su disminución gradual o incluso desaparición del escenario europeo.

El serio problema de «por dónde empezar»

Si los concilios de Constanza y Basilea hubieran podido hablar nos habrían contado que su fracaso provino, en gran parte, de la negativa de la Curia Romana a aceptar las críticas que llovían sobre ella desde todos los sectores de la Cristiandad y de su habilidad para dejar en papel mojado todos los proyectos de reforma salidos de estas dos asambleas. No era extraño, por tanto, que este espinoso asunto se volviera a plantear al comienzo de los trabajos conciliares en Trento. Dicho de otra forma: empezar por la doctrina podría llevar a la frustración a quienes esperaban una reforma de hondo calado y consecuencias visibles en un corto espacio de tiempo; pero empezar por la reforma podría suponer dar alas, en un momento en que no las necesitaban en absoluto, a quienes hacían bandera de los abusos de la Curia Romana para combatir a la Iglesia de Cristo.

Mientras el papa Pablo III deseaba que las discusiones del concilio empezaran por los temas doctrinales, tan profundamente atacados por Lutero y los demás reformadores¹¹, el emperador Carlos defendía que era mejor empezar por la

¹¹ Es de notar que Pablo III encomendó que se trataran antes los elementos doctrinales, pero con el encargo expreso de condenar las ideas y no a las personas. En esto como en otros detalles semejantes el papa siempre mostró un gran deseo de no molestar a los protestantes, a pesar de la forma en que bastantes de ellos se manifestaban a propósito del papado. Ver L. PASTOR, *Historia de los papas...*, vol XII, 198-199.

reforma, con lo que se podría atraer al concilio al sector más moderado de los luteranos alemanes. A ninguno de los dos les faltaban razones de peso para abogar por lo que consideraban prioritario pero, tal y como se estaban desarrollando los acontecimientos, parece que era el emperador quien tenía mejor información de lo urgente que era la reforma de la Iglesia en sus dirigentes para que se pudiera hacer frente al desmembramiento que estaba sufriendo, fomentado especialmente por la conciencia popular de los abusos de la Curia Romana y de la falta de voluntad del papa para suprimirlos. No en vano Zwinglio animaba a los suyos a no entrar en cuestiones doctrinales, sino a recordar que lo que importaba para el éxito de la reforma era insistir en los abusos del clero en todos los ámbitos como el medio más eficaz de atraer al pueblo al bando de los reformadores.

En el horizonte seguían, amenazadoras, las sombras de los concilios de Constanza y Basilea, ocasiones frustradas para la reforma en profundidad de la Iglesia pero, precisamente por eso, momentos de extraordinaria tensión a propósito de la autoridad eclesial de un papado que no parecía conmoverse ante la cantidad de abusos por corregir. Los planteamientos conciliaristas de ambas asambleas hacían temer a Pablo III que todo degenerara en una especie de enorme juicio contra el papa y la Curia, a expensas de la unidad de la Iglesia y del contenido doctrinal de la misma¹². Por todo esto es de alabar especialmente la prudencia de sus legados, que aceptaron el que se discutieran al mismo tiempo las cuestiones doctrinales y las de reforma (a pesar de la desconfianza del mismo papa) para que el fracaso de esta última, pendiente desde doscientos años antes, no llevara a la Iglesia a saltar por los aires.

Esto aquietó de tal manera los ánimos dentro del concilio, que éste pudo proceder, ya desde entonces, sin sobresaltos internos de consideración, con su propósito de ajustar convenientemente la brújula de la Iglesia, tanto para los conflictos ya declarados, como para los retos del porvenir más inmediato.

Preocupación principal del concilio

Los concilios en la Iglesia han solido convocarse para poner remedio a quiebras de la unidad o confusiones doctrinales principalmente. En este sentido es una excepción el Vaticano II, que pretendió ser un concilio eminentemente pastoral, sin condenas ni exclusiones. Cuando se lo compara con el Concilio de Trento se tiene la impresión de que éste fue todo un monumento a la investigación doctrinal, en detrimento de la atención pastoral a los católicos de la época. Sin embargo, nada más lejos de la realidad que esta primera impresión.

¹² L. PASTOR, *Historia de los papas...*, vol XII, 201-202.

El Concilio de Trento se proyectó para tres cuestiones fundamentales: restablecer la unidad perdida, reformar la Iglesia y unir a los príncipes cristianos contra los turcos. Aunque es cierto que lo primero no se realizó y lo tercero sólo obtuvo un éxito circunstancial y muy limitado en sus consecuencias, la reforma en la Iglesia se pudo llevar a cabo porque a los padres del concilio les preocupó claramente algo sobre todo lo demás: la convicción de que el concilio debería tener como *ley suprema la salvación de las almas*¹³.

Si se analizan los trabajos del concilio se verá que esto fue precisamente lo que dio a Trento una cohesión y una hondura en sus trabajos que son difíciles de encontrar en otras asambleas conciliares. Por estar los fieles profundamente desorientados ante la avalancha de propuestas doctrinales de los reformadores que surgían como hongos en cualquier rincón de la Cristiandad, había que revisar todo el cuerpo doctrinal concienzudamente, para que los católicos pudieran recuperar la confianza en la fe que siempre habían profesado. Con la base doctrinal convenientemente saneada se hizo posible atacar las reformas sin que por ello sufriera el contenido de la fe. Esta base doctrinal fue puesta al día sin entrar en las disquisiciones propias de las distintas escuelas teológicas, dejando abierto un gran abanico de posibilidades de discusión y desarrollo hacia el futuro, que nada tiene que ver con la visión petrificada que muchas veces se ha dado de este concilio. La ponderación, la sensatez y el equilibrio estuvieron muy presentes en la asamblea a la hora de las definiciones doctrinales¹⁴.

La reforma, por primera vez en doscientos años, iba a empezar por la cabeza seriamente. Los obispos, en lugar de príncipes cortesanos pululando por Roma a la caza de favores pontificios, iban a volver a sus diócesis para ejercer el oficio de pastor que se les había encomendado. Para facilitar su labor la misma Curia Romana iba a renunciar a una serie de prerrogativas y monopolios que vaciaban de contenido la autoridad de los obispos. No se permitiría la acumulación de sedes en una sola persona, para que cada obispo se hiciera cargo de los fieles de su diócesis. Es cierto que no se solucionó el problema de los obispos curiales, asignados a diócesis imaginarias y sin fieles a los que atender, pero el conjunto de los obispos empezó a parecerse de nuevo más a los pastores que a los príncipes, a pesar de la solemnidad de su forma de vestir, a tono con las modas renacentistas. El clero iba a cultivarse en semilleros (seminarios) hasta el momento en que estuviera suficientemente preparado para atender al pueblo cristiano. Sólo esta institución hubiera hecho inolvidable el Concilio de Trento,

¹³ Esta idea fue inculcada en el *Decreto de Reforma* de 3 de Marzo de 1563. Ver G. MARTINA, *La Iglesia, de Lutero a nuestros días*, Vol I: Época de la Reforma, Cristiandad, Madrid 1974, 248-249.

¹⁴ Ver *o. c.*, 245-246.

por la enorme mejora que trajo a los cuadros del clero diocesano en todos los aspectos de su preparación doctrinal y pastoral¹⁵.

Es verdad que la preocupación pastoral de Trento parece concretarse, casi en exclusiva en el clero, pero también es cierto que el pueblo cristiano estaba esperando con impaciencia que fueran los clérigos los primeros en reformarse. Por otro lado es fácil constatar cómo esta reforma en profundidad del clero trajo beneficios enormes al conjunto de los fieles. Si bien es cierto que su conciencia de ser Iglesia quedó atenuada, también lo es que el clero supo conectar con el pueblo hasta el punto de que la renovación católica de los tiempos del barroco ha dejado huellas indelebles entre el pueblo sencillo, como se puede seguir comprobando en nuestros días con fenómenos como los de las cofradías, las procesiones (tanto eucarísticas como de imágenes), las romerías o las asociaciones de fieles para vivir mejor su fe. En este sentido experimentaron un especial florecimiento las órdenes terceras de las órdenes más antiguas y las congregaciones marianas de la Compañía de Jesús.

Entre los defectos a destacar está el retiro de la Sagrada Escritura de las manos de los fieles. Es cierto que con ella en la mano se había llegado a defender incluso lo más contrario a la fe cristiana. También lo es que los padres del concilio no pretendieron secuestrar la palabra de Dios, sino suministrarla en condiciones de verdadera salud doctrinal y pastoral, pero también es cierto que produjeron en la Iglesia Católica un apartamiento de la Escritura, tan generalizado entre el pueblo, que todavía en nuestros días es posible constatarlo, a pesar del cambio tan profundo que se ha dado desde entonces hasta ahora.

Un modo de proceder digno de ser imitado

Los padres de Trento no gozaron de facilidades precisamente para realizar su labor. El desengaño que siguió al Quinto Concilio de Letrán ya hubiera sido suficiente como para desanimar a cualquiera. No obstante, ni las dificultades iniciales para su convocatoria, ni las distintas sedes sucesivas propuestas, ni todas las circunstancias adversas que se conjuraron contra la asamblea a lo largo de 18 años fueron capaces de hacer desistir a los padres conciliares de un trabajo serio y metódico como el que hacía falta para poner orden en el caos que se había producido en la Cristiandad desde que Lutero decidió saltar a la arena para defender sus propuestas de reforma.

La primera dificultad la ofrecía la misma sede del concilio. Trento, por conveniencias estratégicas del momento, podía ser considerada como ideal para eliminar las suspicacias de luteranos y católicos, pero la verdad es que su situación geográfica hacía incómoda la asistencia de los padres. Junto con las

¹⁵ Ver B. LLORCA..., *o. c.*, 804-805.

dificultades geográficas se hacían notar las carencias bibliográficas. Los padres de Trento pensaban estudiar a fondo (y de hecho lo hicieron) los temas sobre los que había que discutir y para ello era necesario disponer de buenas bibliotecas que no existían en la sede del concilio. Cuando tuvieron que trasladarse a Bolonia aprovecharon las buenas bibliotecas de esta ciudad para prepararse debidamente pero, con todo eso, la inmensa mayor parte de los padres eran expertos en Derecho Canónico, mientras que tenían una formación más bien escasa en el resto de la teología.

Es de agradecer la conciencia que tuvieron los padres de sus limitaciones teológicas, puesto que ello influyó de modo muy señalado en la altura teológica del concilio¹⁶. Tanto ellos como el papa buscaron a los mejores teólogos de la época para utilizarlos como expertos en materias en que ellos mismos no lo eran. En ningún momento hicieron dejación de su responsabilidad como obispos, pero tampoco atribuyeron a su autoridad una ciencia teológica que en muchos casos no poseían.

Cuando se examinan los nombres de los teólogos invitados a Trento se comprueba que lo mejor de las ciencias sagradas de la época pudo hacer su aportación en un ámbito privilegiado en favor de la Iglesia universal. El hecho de que la inmensa mayor parte de estos teólogos pertenecieran a las órdenes religiosas no hacía más que testimoniar una realidad de ese momento: los religiosos, como sector de la Iglesia, habían llevado a cabo su propia reforma y en estos momentos se podían recoger los frutos de una labor llevada a cabo sobre todo desde la segunda mitad del siglo XV en adelante. Entre los más famosos teólogos del tiempo cabe citar a los dominicos Domingo de Soto y Melchor Cano; los franciscanos Andrés Vega y Alfonso de Castro; los jesuitas Diego Laínez, Claudio Salmerón, Claudio Jayo y Pedro Canisio; el canónigo regular Claudio de Sainctes y el doctor de Lovaina Ruard Tapper.

El método de trabajo se puede considerar modélico en muchos aspectos. En ningún otro concilio se ha dado la estrecha colaboración que hubo en Trento entre los obispos y los teólogos. El propio papa Pablo III envió tres teólogos a tomar parte en los trabajos: Diego Laínez, Claudio Salmerón y Pedro Fabro, sólo que este último murió cuando estaba de camino, quedando los dos primeros como teólogos pontificios. Los obispos, expertos fundamentalmente en Derecho Canónico tal y como era la costumbre más seguida desde finales del siglo XIII, se vieron así asesorados con lo mejor de las facultades teológicas de la Cristiandad.

¹⁶ «Si Lutero obtuvo grandes éxitos por su superioridad como escritor fácil y elegante, las deliberaciones y decretos de la asamblea eclesiástica de Trento mostraron una superioridad de otro género: la superioridad de una madura ciencia teológica, de una penetrante agudeza de ingenio y profundo conocimiento de la conexión de la doctrina cristiana» (L. PASTOR, *Historia de los papas...*, vol XV, 349-350).

Los teólogos preparaban los documentos desde el punto de vista de los expertos. Estos documentos eran estudiados por los obispos en reuniones conjuntas con los teólogos. Luego eran llevados a discusión o corrección, primero en *comisiones* o *congregaciones*, reservando para las *sesiones generales* la votación propiamente dicha, reservada sólo a los obispos y generales de las órdenes religiosas¹⁷.

Una doctrina con futuro por delante

Aunque en la historia no es fácil achacar determinados hechos a unas causas específicas, puesto que las variables posibles son inabarcables de hecho, sorprende a primera vista el hecho de que no haya habido otro concilio general en la Iglesia Católica hasta 300 años después. Con un agravante: que el Vaticano I, por gran cantidad de circunstancias que influyeron en su desarrollo y en su resultado final, apenas si cubrió las expectativas que suscitó en muchos aspectos de la vida eclesial, con lo que Trento ha estado en vigencia, prácticamente, hasta el propio Vaticano II.

Después de repetir una vez más que esto se debió a un conjunto muy complejo de causas, no cabe duda de que una de las más fundamentales reside en la forma en que se estudió y se renovó la presentación de la doctrina católica. Los expertos, como tales, pudieron aportar un verdadero abanico de enfoques que, sin dañar al contenido del mensaje, podrían aplicarse a la presentación de éste. Y los padres, conscientes del valor pastoral de una doctrina convenientemente presentada, no cayeron en la trampa de cerrar salidas hacia el futuro, como hubiera sido echarse en brazos de una u otra de las escuelas teológicas presentes en la asamblea, sino que se esforzaron por mantenerse en un punto anterior a este tipo de concreciones, combinando en un modo particularmente sabio la fidelidad al contenido con la apertura hacia la diversidad de las explicaciones.

La impresión que muchos católicos tienen todavía hoy de que el Concilio de Trento fue dogmático en exceso no proviene tanto de la labor que allí se realizó, cuanto de una visión muy reductora, propia de la segunda mitad del siglo XIX, en que la Iglesia Católica, acosada en muchos terrenos, se volvió especialmente crítica hacia todo lo que significaba el mundo de su época, con una postura más propia de fortín que de levadura. Seguro que constituiría una sorpresa para muchos el leer los textos doctrinales de Trento sin prejuicios ni apasionamientos. Forman un conjunto de un equilibrio muy difícil de obtener, en circunstancias tan comprometidas como las que se vivían por entonces, en las que se jugaban cosas tan serias como la misma supervivencia de la Iglesia de Cristo.

Trento consiguió que una serie de formulaciones y de conclusiones doctrinales hayan llegado a ser patrimonio de los católicos en tal grado que algunos fieles no

¹⁷ Ver LLORCA, o. c., 757-759.

muy instruidos en la evolución histórica de la Iglesia se resisten a creer que antes de esa formulación la fe pudiera ser presentada de forma distinta a la producida por este gran concilio. Algunas de sus conclusiones no han llegado convenientemente a los creyentes más por la incompetencia de quienes se las han transmitido que por carencias serias en el planteamiento conciliar. Pero es que hay que tener en cuenta que, proporcionalmente, el clero católico rara vez ha estado a la altura de este concilio en lo que se refiere a la competencia en su preparación doctrinal y en la pedagogía necesaria para transmitir su contenido.

Trento llega incluso a dejar abiertas puertas que, desarrolladas a su tiempo, hubieran llevado a algunas de las conclusiones del Vaticano II de modo más gradual que el que se tuvo en la evolución doctrinal durante los últimos cuatro siglos. Todos estos logros no son más que el fruto de una colaboración entre sectores de la Iglesia (papa, obispos, teólogos, príncipes cristianos) que han colaborado sólo esporádicamente a lo largo de la historia y que han gastado mucha pólvora en la mayoría de las ocasiones en hacerse reproches, cuando no en atacarse.

Una herencia de la que aprovecharse

Lo más importante de los concilios es que sepan resolver las necesidades para las que fueron convocados, por muy de ponderar que sean sus formulaciones o conclusiones. Estas fórmulas, conseguidas tantas veces con un esfuerzo fuera de lo normal, con el paso del tiempo necesitan ser explicadas, porque cambian la sociedad, el lenguaje, la cultura y el ambiente de desarrollo de la fe en Jesús. Pero si hay una herencia conciliar que no se pierde es el motor que hizo posible que se reuniera la asamblea y que pudiera llevarse a buen término en beneficio del mensaje evangélico.

En este sentido hay que decir que el legado de Trento es indiscutible en cuanto a lo doctrinal, puesto que fijó el contenido de la fe y lo respaldó con la ciencia de los mejores expertos del momento y con la colaboración de pastores muy conscientes de lo que estaba en juego. Pero su herencia mejor reside, a mi entender, en dos aspectos que, unidos, ni se dieron antes de Trento ni se han vuelto a dar después: el primero, considerar la salvación de las almas como la ley suprema a tener en cuenta; el segundo, la estrecha colaboración entre la jerarquía y los teólogos para poner lo mejor de todos al servicio de la Iglesia de Cristo.

Aunque toda definición doctrinal de cualquiera de los concilios celebrados tenga en el fondo una repercusión pastoral, este planteamiento de trabajar ante todo por la salvación de las almas es una gloria de Trento que sólo el Vaticano II ha repetido con un énfasis semejante. No hay más que observar cuál fue la reacción de los fieles católicos tras este concilio para comprender que su objetivo pastoral fue cubierto con amplitud. Todavía hay costumbres religiosas arraigadas en los pueblos de tradición católica que provienen precisamente del impulso que

recibió la evangelización popular a raíz del concilio de Trento. Uno de los elementos que más contribuyeron a este resurgir de la piedad popular fue la seguridad de la doctrina que transmitieron los pastores. Al desconcierto anterior al concilio sucedió una adhesión fervorosa a los contenidos de la fe católica, que permitió, entre otras cosas, el nacimiento de un impulso misionero como pocas veces se ha dado en la historia del Cristianismo. En la raíz de este impulso misionero estaba el optimismo que sucedía al desconcierto anterior y que, sin mirar a las pérdidas que la Iglesia tenía en Europa, se lanzaba a ofrecer la fe al resto de los pueblos del mundo, con la convicción de que se ofrecía lo más valioso que cualquier pueblo pudiera desear.

En resumen: Trento fue la suma (no sin dificultades) de la colaboración de todos los sectores de la Iglesia Católica (jerarquía, teólogos, príncipes cristianos) que, excepcionalmente, se pusieron a tirar del carro común en un esfuerzo de conjunción y concordia que fuera capaz de sacar a la Iglesia del socavón en el que se hallaba metida. Estos mismos sectores, tantas veces enfrentados a lo largo de los siglos, supieron dejar de lado parte al menos de sus recelos, para que el Espíritu pudiera impulsar a su Iglesia por los caminos que los tiempos estaban exigiendo.

Antonio M. Navas S.I.